

# en CUBA

## LA FUGA

La Noche Quedó Atrás

**E**RA el eterno desenlace de todos los tiranos. El arrogante dictador, de gestos teatrales, se escapaba en la madrugada, cobardemente, con la premura de un ratero sorprendido forzando una ventana. ¡Y a "eso" le llamaban "el hombre"!

La más impenetrable reserva había protegido la fuga del mandón. En apariencia, permanecía sereno, dando órdenes, despachando los asuntos de gobierno y anunciando planes de futuro. Calculador hasta el fin, sus frecuentes arrebatos de cólera y sus trifulcas con los jefes militares, a los que acusaba de flojera, le servían para disimular su miedo.

Sin embargo, no faltaban sospechas. Desde hacía varios días, en determinados círculos oficiales y diplomáticos recelaban un brusco viraje en la situación política nacional. Alguna que otra falsa alarma movilizó a los periodistas. Las bolas transitaban libremente a lo largo y ancho de la Isla.

El envío de los hijos de Batista para el extranjero, el lunes 29, acompañados del administrador de la Aduana habanera, Manuel Pérez Benitoa —fructífero asociado del despota— era un factor significativo. ¿Era que FB quería ir desplazando disimuladamente hacia el exterior a sus familiares?

Se supo también que dos pilotos de Aerovías Q, García D'Abrillón y Saladrigas, reclutados por el ejército para utilizarlos en acciones de bombardeo a poblaciones indefensas y traslado de equipos bélicos de Santo Domingo a Cuba, habían desaparecido.

Interrogada la esposa de uno de ellos, muy reservadamente, confió a un reportero que su cónyuge no se encontraba en el país y que no regresaría.

—Me dijo que el golpe militar se produciría, a más tardar, dentro de cuarenta y ocho horas.

Especies no comprobadas rodaban por la capital: los Tabernilla estaban fuera del territorio nacional o habían sido interceptados en el momento de la fuga; Rivero Agüero era situado asimismo en playas extranjeras. Nada era cierto... Todavía. Pero el olfato sensible de muchos grandes culpables percibió la caída y anticiparon la huida.

**L**A sección EN CUBA emerge victoriosa de la postrera censura impuesta por el batistato. Ha sido la mordaza ejercitada por más tiempo: 10 meses. Lo fue también en medio del período más oprobioso del régimen vencido. Muchas veces antes, desde que los conjurados del 52 —cobardemente fugados hoy de la cólera popular— apuñalaron la República por la espalda y asaltaron criminalmente el poder, BOHEMIA había tenido que silenciar sus mejores verdades, que eran las de Cuba. Pero la última etapa fue la peor. Naufragaba ya el marcismo en la máxima descomposición moral, preludio de su segura caída, y no había miseria humana que le fuera extraña. A cada momento, lo que no se podía decir era más monstruoso, más terrible de callar, más urgente de ser proclamado a gritos. La opresión, la tortura, el vejamen, la delación, ampliaban su círculo fatal, ganando a nuevas clases de ciudadanos. Ya ni los más cápicos estaban seguros. Una sombra espantosa, en la que había sangre, luto y muerte, cubría toda la isla. Bastaba ser infame, miserable y vicioso para ser de los que mandaban; bastaba ser honesto, aunque insignificante, para estar marginado y acaso perseguido. Y toda esta vileza la cubría la censura.

Para los integrantes de la sección EN CUBA, tal situación era la más insoportable y oprimiente que pudieron conocer jamás. Ahora que han salido de ella les parece imposible haberla soportado y librarse de su cerco asfixiante. Pero, una vez más, la atalaya insobornable de BOHEMIA vuelve a proyectar luz sobre la realidad nacional. Los que se negaron tercamente a estampar una palabra que no fuera verídica; los que prefirieron callar con honor a hablar con sumisión, vuelven a su trinchera invariable de combate. Regresa EN CUBA al fecundo y alentador contacto con todos los ciudadanos honestos y libres de la patria. Y los demás comentarios sobran. Se reanuda la tarea de siempre como si nunca más haya de haber mordaza en este país. De todos depende que jamás la haya.

Aquella misma tarde, por el aeropuerto de la Q, otros conmitones abandonaban el suelo isleño, utilizando "vuelos especiales". Se sabía que uno de los pilotos resistidos al retorno había transportado hasta Palm Beach al coronel Manuel Quevedo.

Sin embargo, como se trataba de figuras de segunda fila, muchos creyeron que disfrutaban de las vacaciones de fin de año. Otros pensaron que era el ansia colectiva de liberación la que inflaba las noticias.

En las fuentes inmediatas al sátrapa, las informaciones eran de otra índole. El nombramiento de Pedraza y Casillas y el despiadado bombardeo a Santa Clara se interpretaba como una firme decisión de resistir hasta el final. En uno de los últimos consejos de ministros el dictador extremó sus falsa bazarra.

—Señores —comenzó diciendo—. Conozco como nadie la gravedad de la situación, así que no necesito que se me hagan observaciones. Quiero que sepan que yo no soy

un Perón y que cumpliré con mis deberes, pase lo que pase. Espero que ustedes hagan lo mismo...

La escena era un remedo grotesco de las postreras decisiones de Hitler en los sótanos de la Cancillería, bajo las granadas de los rusos. Empero, consiguió impresionar a sus secuaces. Inclusive el saque Guillermo Alonso Pujol se dejó engañar por el arranque, y exclamó:

—¡Este hombre es un paranoico...!

A esas horas, ya el primer ministro Gonzalo Güell y el rapaz titular del Trabajo "Pepe" Suárez Rivas, gestionaban con Trujillo acomodo para la inminente arribazón de fugitivos. El espadón dominicano iba a extender su protección al colega en desgracia.

La partida del Palacio exhibió contornos normales. No hubo traslado de maletas ni baules. Batista, inclusive, impartió instrucciones a algunos funcionarios de la presidencia, preparando la agenda de trabajo para el jueves 2. Ducho en planificar sus fechorías, la fuga concebida y ejecutada con mentalidad lúcida.

Empero, una situación política no se desploma sin que se trasluzcan las señales previas de resquebrajamiento. La Habana se dio cuenta de que algo raro acontecía. La consigna de 03C había calado hondamente en la conciencia cívica y la ciudadanía permanecía recluida en sus hogares, en un ambiente de ansiedad y de tristeza. Las bolas y rumores compartían con la onda corta las preocupaciones de la familia cubana.

—¡Hay más de mil muertos en Santa Clara! ¡Dicen que son pilotos de Trujillo! ¡Hay corre-corre en Columbia!

En efecto, en aquellas singulares vísperas de Año Nuevo sonaban insistentes los teléfonos y corrían velozes los autos charolados con dirección a la fortaleza militar. La desconfianza y la alarma invadían el ánimo de muchos prominentes batisteros.

En la residencia presidencial de Columbia hubo inusitado ajeteo de altos oficiales. Las caras, ciertamente, no correspondían al trámite cordial de las congratulaciones de Año Nuevo. El general Cantillo entró y salió varias veces. Afuera, en el polígono y los cuarteles, la inquietud prendía en la tropa.

Jerarcas civiles alternaban con

## EL REYECITO CRIOLLO, por SILVIO





los jefes del marzato. El eje del problema, cualquiera que fuese, parecía serlo el general Cantillo. Los frecuentes apartes entre el militar y el dictador sugerían un perfecto acuerdo entre ambos. Los elementos políticos, con evidente desconcerto, cambiaban impresiones.

—¿Tú crees que pase algo?

—La cosa está mala...

Con la noche cobró volumen el desplazamiento hacia Columbia. El pretexto de la fecha servía para disimular el miedo. Cada quien quería comprobar por sí mismo si en efecto el barco estaba haciendo agua. Entre los visitantes figuraban no pocos de los esbirros de la tiranía, prestos a imponer su pasaje a punta de pistola.

—¡A mí no me embarcan! —se oyó decir al sádico Ventura al salir del despacho de Batista.

En otro ángulo del antedespacho se escuchó la voz de Cantillo:

—Es la mejor fórmula para salvar al ejército.

Mientras, el cabecilla principal realizaba varias llamadas telefónicas, localizando a sus servidores de confianza y preparando el despreciable séquito de la huida. En una de estas oportunidades se comunicó con Rivero Agüero:

—Diga, presidente...

—Oye, quiero que vengas por qui a tomarnos una copa de champán...

ARA no se mostró muy entusiasmado:

—Mire, presidente, acabamos de comer y ya nos retirábamos. Usted sabe, está muy reciente la muerte de mi hermano, y a la verdad no tengo ánimo.

—No hay tal fiesta, Andrés. Es una reunión íntima, familiar...

El presunto heredero se plegó a la orden. En realidad se sentía deprimido. Por un momento, a raíz de la farsa del 3 de noviembre, llegó a considerarse presidente electo de veras, y como tal, con derecho y autoridad para emitir opiniones y confeccionar planes propios. Batista, suavemente, lo restituyó a su condición de títere.

Fue en ocasión de las Pascuas. Rivero Agüero había preparado un mensaje dirigido al pueblo hablando de la paz y la concordia. Batista consideró que tal pronunciamiento traslucía síntomas de debilidad y vetó el documento.

—Déjate de eso, chico, lo consoló. Hay que aplastar la insurrección para hacer un escarmiento. El gobierno está ahora más fuerte que nunca. En Año Nuevo, según estén las cosas, podrás hacer declaraciones...

Incoloro, ignorado, el beneficiario del 3 de noviembre se replegó a su casa. Nadie se ocupaba de él, ni el pueblo que no le dio los votos, ni la dictadura que lo impuso. Pasaban días sin que su nombre apareciera en los periódicos.

A las 11:30 llegó ARA a Columbia. Godoy y Alliegro se le acercaron apresuradamente. Ninguno de los rectores del llamado poder legislativo se sentía tranquilo. A despecho de las bravuconadas de los boletines del estado mayor, conocían la situación real de Oriente y Las Villas.

—Cantillo me dijo que nada puede evitar la caída de Santa Clara

—susurró el enriquecido politicastro de Baracoa.

—¡Estoy horrorizado! —musitó Godoy—. ¡Cuánta sangre!

En verdad, eran escrúpulos tardíos. Los tres habían acompañado a Batista en su feroz itinerario de crímenes, proclamando su adhesión después de cada matanza y al día siguiente de cada asesinato. Eran los que hacían antesala en los des-

pachos de Ventura, de Pilar, de Laurent; los que votaban dócilmente las leyes que convalidaban todas las fechorías. Ahora les preocupaba, no la sangre del pueblo, sino la perspectiva de perder la propia.

Alguien mencionó la presencia, en horas tempranas, de dos figuras de la Iglesia Católica: monseñor Alfredo Muller, obispo auxiliar de La Habana, y el Nuncio de Su Santidad, Luis Centoz, decano del cuerpo diplomático.

Ambos prelados habían visitado las oficinas del estado mayor a las ocho de la noche. Venían a patentizar su consternación con motivo de los ataques aéreos a poblaciones inermes. Pero cursó el tiempo y nadie se dignó recibirlos. Al cabo, cansados, monseñor Muller se dirigió al Nuncio.

—Su Excelencia, se están burlando de nosotros. Vámonos...

A las doce de la noche Batista abrió el camino hacia el comedor. Hubo entrecuchar de copas y el dictador, teatral hasta el último minuto, clausuró la ceremonia en su forma habitual: "¡Salud, salud!" Luego clavó la vista en Cantillo, que se puso en pie para recitar su parte en el libreto de la fuga y la traición.

## en CUBA

—Señor Presidente, los jefes y oficiales del ejército consideramos que su renuncia a la primera magistratura contribuiría a restablecer la paz que tanto necesita el país. Apelamos a su patriotismo...

Añadió otros conceptos de parecida índole. Los que estaban en el secreto de la comedia permanecieron tranquilos. El resto cambió miradas llenas de zozobra. Batista, a su vez, replicó a Cantillo, hablando de la patria, de la familia cubana y de su interés por mantener el ritmo constitucional. Su congénito cinismo le acompañaba hasta en la fuga.

Empezaron a preparar el tránsito. Como en el terreno de beisbol, urdieron una complicada combinación: de Batista a Guas a Alliegro a un magistrado. La codiciada magistratura era un clavo ardiendo que nadie quería sostener. Todos sabían que tan pronto como la sensacional noticia traspusiera los parapetos de Columbia, la cólera popular, reprimida durante siete años terribles, iba a estallar incontenible.

A la una de la madrugada, en el centro de la sala, Batista daba instrucciones a Cantillo, sosteniendo una taza de café con leche en

la diestra. Un ayudante le alargó el teléfono. FB escuchó en silencio. Colgó con ademán nervioso:

—¡Vámonos! —expresó autoritariamente.

—¿A dónde? —inquirió Rivero Agüero.

Y el dictador:

—¡No preguntes! ¡Vámonos, que te matan a ti también! Dile a tu mujer que se lleve a los muchachos. Marta, levanta la niña...

Una caravana de automóviles les condujo hasta el aeropuerto militar, fuertemente protegido con tropas. Detrás de Batista y su familia treparon Pilar García, Irenaldo, Carratalá, el clan de los Tabernilla, Pérez Coujil, Orlando Piedra, etc. La flotilla se componía de cuatro aviones.

Al propio tiempo y por otros medios: yates, embarcaciones de diverso tipo, embajadas, el resto de la pandilla se sustraía a la persecución ciudadana. Así escaparon Masferrer, Pedraza, Mujal, Güell, Godoy, Laurent, Ventura, Justo Luis y sus hijos, y otros esbirros de diversa catadura.

Huyeron como ladrones en la noche.

La capital, estremecida de esperanza, despertó a la gran noticia. Fue primero, en las penumbras del amanecer, un rumor confuso que iba de puerta en puerta. Luego, con la claridad del día, los vagos flashes de las radioemisoras hablando de "trascendentales acontecimientos". A las diez de la mañana, acreciendo el ritmo informativo, los receptores y pantallas anunciaban la fuga del tirano. El comentarista de Telemundo, Carlos M. Lechuga, fue el primero en echar a un lado el cauteloso protocolo para llamar a Batista por su nombre real de asesino y tirano. A seguidas, el Canal 12 —bajo la dirección de Lisandro Otero— empezó a ofrecer un excepcional servicio informativo.

El primer auto con los colores del 26 de Julio fue saludado con un desbordamiento de júbilo. La ciudadanía se volcó en las calles tanto tiempo ausentes del calor popular. Repicaron las campanas y de los balcones y ventanas colgaron banderas cubanas y la enseña roja y negra del M-26-7.

Milicianos fidelistas surgieron de todas partes, armados de pistolas, revólveres y escopetas de caza. Al avanzar el día, empezaron a verse, en número creciente, las ametralladoras y armas automáticas. Un ejército civil se había adueñado de la calle, frustrando toda posibilidad de un contragolpe y anulando las posibilidades políticas de la traición de Eulogio Cantillo.

No era posible a esta Sección y a sus reporteros, requeridos en tantas partes a la vez, cabalgando sobre los acontecimientos, poder recoger y brindar en esta edición —primer tomo de BOHEMIA en la crónica de la revolución cubana— todo el panorama de la capital durante una semana cuajada de historia. Imposible también, frente a la urgencia de la actualidad, hacer el recuento de la contribución y el esfuerzo habanero a la causa de la libertad. A su tiempo desfilarán por estas páginas los nombres de los héroes y los mártires caídos en las infames emboscadas de la retaguardia clandestina.

Fueron horas difíciles y confusas cuya integral gravedad no percibió la ciudadanía, entregada a celebraciones entusiastas. La reacción militar y la anarquía, por igual, amenazaron la revolución triunfante. La serena energía de Fidel Castro, sólidamente afinado en San-



### EL CHE GUEVARA Y EL DIRECTOR DE "BOHEMIA"

La fulminante recuperación democrática de Cuba, una de las más sensacionales de la historia, ha sido pródiga en entrañables encuentros. Uno de ellos es el del director de BOHEMIA, Miguel Ángel Quevedo, con el comandante Ernesto Guevara, designado por Fidel Castro para la fortaleza de La Cabaña. Miguel A. Quevedo rompió su costumbre inveterada de no visitar lugares públicos, y mucho menos unidades militares, y así se produjo el abrazo de la prensa independiente al popularísimo "Ché" Guevara, tan cubano de corazón como argentino de origen, soldado insigne de la libertad americana.



tigo de Cuba, la rápida marcha de las columnas del "Che" y de Camilo sobre Columbia y La Cabaña, la colaboración del proletariado y la orden de gestión de las milicias, superaron la crisis.

No se copiaron las escenas macabras del 12 de agosto de 1933. Con muchas más deudas que cobrar, el pueblo puso freno a su ira, con una cuota mínima de excesos. La muchedumbre, con certero instinto, desahogó su cólera en los garitos, los parquímetros, los tragarreales telefónicos y otros turbios símbolos de un régimen que quiso corromper a la nación sin conseguirlo.

Los pandilleros de Masferrer, abandonados por su jefe, se lanzaron a provocar el desorden, sembrando la muerte a voleo, refugiándose en algunos edificios y tiroteando a los milicianos. Los revolucionarios, al someterlos, actuaron con una serenidad que nunca practicaron los sicarios de Ventura. Los que fueron aprehendidos quedaron a disposición de los tribunales.

El día 2 se inició la entrada triunfal en La Habana de los vencedores de Las Villas. Camilo Cienfuegos se instaló en Columbia y Guevara tomó el mando de La Cabaña. Los combatientes del Directorio, como un tributo simbólico a su origen y a sus muertos, ocuparon la Universidad y el Palacio Presidencial. Los barbudos de Gutiérrez Menoyo, la tropa heroica del Escabray, fueron de los primeros en arribar a la capital.

Las pantallas del Canal 12, en un extraordinario maratón de TV, acogieron y presentaron a los soldados libertadores. El pueblo tuvo ocasión de conocer y escuchar a los famosos "forajidos" y "cuatreritos" de los boletines oficiales. Timidos, modestos, casi humildes, balbuceaban sus saludos como si estuvieran casi pidiendo perdón de su heroísmo, declinando hablar de sus experiencias bélicas, como si no hubieran escrito una extraordinaria epopeya.

Y, parejamente, madres que reclamaban a sus hijos desaparecidos, torturados que exhibían sus cicatrices, relatos espeluznantes, fotos de adolescentes asesinados, desesperadas acusaciones contra los verdugos. El crimen, en todas sus formas, escribiendo los primeros capítulos en el trágico recuento del paso de Fulgencio Batista.

Los sucesos, acumulándose unos sobre otros, Fidel en Camagüey; Urrutia designando sus ministros; América rindiendo tributo a los libertadores de Cuba; los delictos del batistato buscando el amparo de las legaciones hermanas; discursos, promesas y esperanzas. La vida nacional paralizada...

Y, por encima de todo, una gran esperanza puesta en el futuro.

## TRAICION

### En Columbia

**E**STABAN ya fuera de Cuba los grandes responsables de la tiranía, encabezados por Batista. Eran las cuatro de la madrugada del día primero de año. La porción de la Isla hasta entonces sometida era libre y no lo sabía. Casi toda la población capitalina no había salido del sueño nocturno.

Pero el magistrado Carlos M. Piedra, del Tribunal Supremo de Justicia, no dormía en aquellos momentos. Había sido citado al campamento de Columbia minutos antes por el general Eulogio Can-



He aquí a la principal figura femenina de la revolución libertadora: Celia Sánchez. Cuando se escriba la accidentada y trágica historia del 26 de Julio habrá que dedicar un capítulo esencial al papel eminente de esta gran cubana en esa espiral de acontecimientos, sólo comparables a los de la insurgencia mambisa del siglo XIX. Enérgica, inteligente, abnegada, con más espíritu que cuerpo, puso el pie en la cordillera oriental antes aún que Fidel Castro, al que esperó en el que habría de ser el primer territorio libre de la nueva Cuba, en compañía del líder campesino Crescencio Pérez. Celia Sánchez fue factor decisivo en la organización de la Sierra Maestra como base sustentadora firmísima de la Revolución.

tillo y ascendía por el elevador a su encuentro.

Varios capitanes y comandantes del vencido ejército lo condujeron hasta la tercera planta, donde se hallan las oficinas del estado mayor.

Ya en uno de los despachos, salió a recibirle el general Cantillo, quien vestía el uniforme de su cargo, con la corbata doblada dentro de la camisa. El militar marxista, ya sentados ambos, se dirigió al circunspecto magistrado:

—Doctor Piedra, el general Batista ha renunciado a la presidencia de la República y hace una hora abandonó el territorio nacional. Igualmente han declinado ese cargo el vicepresidente Guas Inclán y el doctor Alliegro...

Según hablaba EC, la fisonomía del togado se hundía en la mayor sorpresa.

—Tenemos entendido, proseguía

su interlocutor, que es usted el magistrado más antiguo del Supremo. Por eso lo hemos llamado a fin de que asuma la presidencia de la República en estos difíciles momentos. Cuento usted plenamente con nuestro respaldo. Sólo deseamos que la paz vuelva a Cuba...

Piedra, vestido de gris, alargó más su anguloso rostro. Demoraba la respuesta, pedía datos adicionales, vacilaba. Al cabo dijo:

—Yo quisiera, antes de adoptar una decisión, consultar el caso con ciertas personalidades de mi entera confianza...

Admitió Cantillo:

—Está bien... Yo creo que sería más conveniente, para economizar tiempo, llamarlas aquí. ¿No le parece?

Su visitante aceptó la sugerencia. Tres figuras del pasado, los doctores Raúl de Cárdenas, Gusta-

vo Cuervo Rubio y Ricardo Núñez Portuondo, fueron llamados. Luego marcó el teléfono 2-3673:

—¿Es el doctor Alberto Blanco? Le habla el magistrado Piedra. Es para decirle que el general Batista ha renunciado y ha escapado del país. Estoy en el campamento de Columbia, donde se me ha llamado para que integre gobierno. Quisiera tomar su opinión al respecto.

—Vamos, doctor Piedra, déjese de bromas, que ya pasó el día de los Inocentes, repuso el decano de los abogados.

Pero tuvo que rendirse a la evidencia y prometió acudir en el menor espacio de tiempo. Dos ex magistrados, Fernando Alvarez Tabío y Juan Bautista Moré, y el médico Vicente Banet, fueron asimismo solicitados.

El capitán Martell se ocupó de acomodar a los distintos visitantes, según iban llegando. A las 7 de la mañana se hallaban ya reunidos en un amplio salón, enzarzándose en un debate múltiple, lleno de observaciones incidentales, reflexiones sesudas y frases inciertas.

Al cabo, Piedra aceptó hacerse cargo de la presidencia de la República, con Cantillo como jefe del estado mayor. Comprendiendo que se trataba de una rectoría ilusoria si no se formalizaba acuerdo con Fidel Castro, resolviendo no integrar gobierno hasta no hacer contacto con él. "Decretaron", sin embargo, un alto en las operaciones del ejército, invitando a los rebeldes a hacer lo propio.

En las primeras horas de la mañana, la noticia de la fuga de Batista y sus secuaces circulaba profusamente por toda la capital. La prensa llamaba continuamente a Columbia, pidiendo hablar urgentemente con Cantillo. Presionado telefónicamente de modo abrumador, tuvo que conceder una entrevista al Bloque Cubano de Prensa y a la Federación de Radioemisores. Los directores de BOHEMIA y Prensa Libre rehusaron concurrir a la reunión de Columbia.

A su llegada, periodistas y radio-productores fueron recibidos nada menos que por Boix Comas, el alabardero de Batista que fabricaba los partes oficiales en que se llamaba "forajidos" y "cuatreritos" a los insurrectos.

Eran las 9, a. m. El nutrido grupo de visitantes tuvo que aguardar en los pasillos del tercer piso. El coronel Martínez Mora, designado "jefe de operaciones", se excusó con Cristóbal Díaz y Abel Mestre:

—Les ruego aguarden un momento. El presidente está ocupado y les atenderá tan pronto pueda...

Transcurrió media hora. Un comandante, Roberto Collado, entraba y salía de vez en cuando, dejando ver por la puerta entreabierta a los que departaban con el magistrado Piedra: el general Enrique Loynaz del Castillo, Alberto Blanco y Raúl de Cárdenas, entre otros.

Los periodistas se desesperaban. Aún las emisoras de radio no habían podido dar la noticia que muchos habaneros se transmitían por los más disímiles medios privados de comunicación.

Al fin, a las 9:55, salió el canoso mambi. Lo despidió en la puerta, con un abrazo, el sonriente Cantillo. El veterano de 87 años dictó unas palabras a los reporteros:

—He mantenido el criterio de que debe mantenerse la autoridad moral y material del general Cantillo, a fin de mantener el orden, poniéndose al habla con los revo-



lucionarios. Entiendo que están a las puertas de La Habana...

Boix Comas, que se hallaba junto a ellos, miró con alarma a Loynaz. Las últimas palabras, de ser ciertas, implicaban una seria amenaza para los oficiales batistianos como él, que aún se aferraban a sus cargos como moluscos.

—Esta gestión, insistía el autor del Himno Invasor, es fundamental para devolver sincera y cordialmente la paz a Cuba, y con ella la libertad. El país espera que el general Cantillo no consienta la formación de otro gobierno semejante al que ha caído, lo cual ya no tiene objetivo. Lo único importante es contar con la aceptación de los que hasta ayer estuvieron combatiendo y desde hoy deben volver a ser ciudadanos en una patria como la trazó Martí.

Subrayó: —Así lo he pedido al general Cantillo, en nombre de Cuba, señalándole que la historia recogerá con letras de oro la solución a que se llegue con los compatriotas que están en armas.

Concluyó que había "renunciado" la cartera de defensa por no estar de acuerdo con un gobierno provisional como el que se intentaba, aunque continuaba integrando la comisión de conciliación. En suma, que recelaba de un régimen prefabricado en el campamento.

El periodista Guillermo Gener le notificó:

—General Loynaz, la radio rebelde ha dicho que no acepta un gobierno provisional...

—Ah, me alegro, pues es lo mismo que yo decía.

Y se marchó. Los minutos transcurrieron sin que los empresarios y cazadores de noticias fueran recibidos. Hasta pasadas las 10. a. m. no consiguieron ser pasados al salón. Allí estaban, acompañando al magistrado Piedra, sus colegas Alvarez Tabío y Moré Benítez, los galenos Cuervo Rubio, Núñez Portuondo y el enteco Raúl de Cárdenas.

Actuando como si fuera ya presidente efectivo, Piedra leyó a todos una alocución dirigida al pueblo de Cuba.

Los únicos rasgos interesantes del documento eran: la pretensión de ser presidente por sustitución constitucional; la notificación de que había dado la orden de "alto al fuego" y la expresión de la esperanza en que adoptarían igual medida los que "invocando los principios de libertad y la Constitución, han estado empuñando las armas".

Al margen de dicho escrito, Piedra informó a los periodistas que "había ratificado como jefe del ejército al general Eulogio Cantillo". Todo ello tenía un carácter de gran confusión, pues el supuesto gobernante de la nación no había jurado su cargo ante nadie.

Sin embargo, sobre la mesa obraba una nota de la doctora Margarita de Aragón, secretaria de la sala de gobierno del Supremo, expresando que ya se había podido citar a veinticinco magistrados.

Flanqueado por Cantillo, Piedra charló cautelosamente con los periodistas.

—He llamado a cambiar impresiones conmigo a un grupo de personalidades. De lo demás nos iremos ocupando poco a poco.

Esquivó la lluvia de preguntas: —Señores, no puedo decir nada todavía. Déjenme, al menos, considerar y estudiar las cosas.

El decano nacional de los perio-

distas lo asedió sobre la libertad de prensa. Piedra respondió con reconocimientos convencionales. Añadió una recomendación:

—Procuren orientar al pueblo para que el tránsito del régimen caído a las futuras magistraturas se produzca sin efusión de sangre ni daño a la economía nacional. Ustedes, los periodistas, pueden contribuir a ello decisivamente.

A los visitantes más ágiles de la Ciudad Militar se les hizo evidente que el Ejecutivo teórico recién designado por Cantillo, no contaba con la aprobación del mando rebelde y ni siquiera había hecho contacto con éste.

Al salir de Columbia los integrantes del Bloque de Cubano de Prensa y de la Federación de Radiodifusores y los periodistas, presenciaron cómo eran paseadas triunfalmente las insignias del 26 de Julio frente a las postas militares, mientras los soldados sonreían con alivio.

Toda la tarde fue de incertidumbre. Las estaciones de radio y televisión, adelantándose a la prensa —máxime cuando no salían periódicos ese día—, empezaron a regis-

trar las primeras palpitaciones del júbilo ciudadano. La atención pública se repartía entre el goce del triunfo y la preocupación por el curso ignorado de los acontecimientos.

Pronto se supo que el pleno del Tribunal Supremo no aceptaba tomarle juramento al magistrado Piedra con carácter de Presidente, por estimar que no se trataba de una sustitución normal de poder, ya que se estaba en presencia de un hecho revolucionario.

Para los que conocían las interioridades de la discusión habida entre los togados sobre la difícil transición del poder, había sido mucho más amplia y radical la proposición que presentaron a sus compañeros los magistrados Julio Garcerán y Enrique Rodríguez Narezo. Decía así:

—Que no se debe tomar juramento, como Presidente provisional de la República al Dr. Carlos M. Piedra y Piedra, porque, no obstante sus merecimientos personales, es lo cierto que ello no porcede, en apretada síntesis: primero, porque la actual no es una situación normal de las que confronta el

artículo 149 de la Constitución de 1940, sino producto de un movimiento revolucionario triunfante, mantenido durante largo lapso en el territorio nacional; segundo, que la Revolución es fuente de Derecho y la presente, al estar revestida de todos los caracteres que la consagran como tal, determina la quiebra del régimen existente y deja en actitud a las fuerzas revolucionarias para otorgarse el suyo propio; y tercero; Toda vez que el Frente Cívico Revolucionario integrado por diversos sectores, designó hace tiempo —lo que posteriormente ha ratificado— al doctor Manuel Urrutia Lleó, magistrado jubilado, para ocupar la Presidencia de la República, el que, por demás, se encuentra desde hace días en el territorio cubano.

El engendro de Columbia naufragaba irremisiblemente, pero Cantillo, el general de la retaguardia batistiana, intrigaba a espaldas de todos tocando cuantas puertas podía. Por indicación suya, algunos órganos de publicidad siguieron denominando **presidente** a Piedra e ignorando el acuerdo de los magistrados.

Inclusive incluyó al odiado Pedraza en el estado mayor, ignorando, al parecer, que había huido ya del territorio nacional. Confirmó también a Mariano Faget como jefe del BRAC, exhibiendo así su solidaridad con dos máximos responsables del régimen de marzo.

Mientras la ciudadanía, ingenua y confiada, festejaba en las calles la huida del déspota —aunque lamentando que escapara a la justicia popular— se escenificaba una nueva farsa tras las bambalinas. Era difícil columbrar todas sus implicaciones y alcances, pero no había duda de que las decisiones de Cantillo eran apoyadas por una intriga que utilizaba inclusive los centros diplomáticos.

De ahí que en horas de la tarde acudieran a la mansión palatina, remolcados por el embajador norteamericano Smith y tratando de ver al "presidente" Piedra, sus colegas del Brasil, Chile y España. Un tinglado malicioso y frágil, a contrapelo de la voluntad patria, trataba de suplantar a las fuerzas reales que debían decidir los acontecimientos.

#### En el Cobre

Lejos de allí, en la hospedería de El Cobre, en Oriente, donde Fidel Castro tenía uno de sus cuarteles provisionales, el jefe revolucionario celebraba consulta con sus comandantes. Había llegado al lugar a las dos de la madrugada, con el espíritu conturbado por la aprensión. Algo andaba mal. Presentía lo ocurrido y temía lo peor.

El asalto a Santiago de Cuba, planeado para el 28 de diciembre, había sido aplazado por existir solemnes promesas del general Cantillo, acordadas en una entrevista secreta con él, de que impediría la fuga del tirano y sus cómplices y se pondría a la disposición de la revolución triunfante.

Ahora, sentado a la mesa con sus mejores auxiliares —su hermano Raúl, Hubert Matos, corajudo comandante de la columna Antonio Guiteras, René de los Santos, Almejeiras, el bravo Juan Almeida, Raúl Chibás—, apenas consumida la frugal merienda, dijo convencidamente:

—Cantillo me ha engañado. Nos ha traicionado.

Una adivinación que se abría paso por sucesos aún desconocidos ganaba su espíritu. Sin embargo,



CONRADO BEQUER

La primera visita del líder obrero y combatiente del 26 de Julio, Conrado Bécquer, a su regreso del primer territorio libre de Cuba, fue para la revista BOHEMIA, donde cuenta con indisolubles vínculos fraternales desde los tiempos en que la porra mujalista lo despojó de su dirigencia sindical en el sector azucarero. Barbudo y uniformado como lo que ha sido durante meses: un militante de la invasión libertadora, departe jovial y entusiastamente con el Director de esta revista, celebrando la victoria del pueblo cubano sobre el más detestado de sus gobernantes.



a las 7 de la mañana, sin nada que decidir aún, el jefe rebelde se retiró a descansar.

A las once, a con el sol alto, fue llamado nerviosamente. Había llegado Pedro Guzmán, portador de un mensaje de Cantillo. Apenas lo leyó, Fidel Castro vio confirmada su aprensión. En su rostro, ancho y expresivo, se reflejó la dolorosa verdad: porque era cierto, sí, que ya no había batistato en la Isla, pero el monstruo había huido con todos sus verdugos.

—El señor presidente no ha querido que se derrame más sangre cubana por su culpa y ha renunciado al cargo, embarcando hacia el extranjero...

Así notificaba a la tropa el suceso escandaloso el general Cantillo. En sus palabras se pintaba un Batista humano, compasivo, dispuesto a abdicar del poder por sensibilidad a los dolores de su pueblo. Un Batista increíble, falso, inaceptable, sin el menor átomo de verdad. Un Batista destinado a tapar a otro, el verídico. Se había consumado una nueva traición militar. Se había dado una puñalada más —la peor— al mismo corazón de los cubanos.

Instantes después, Fidel Castro cambió impresiones con sus oficiales. Pesaba sobre ellos la decepción más funesta de toda su larga y heroica gesta libertadora. Pero no se perdió tiempo. Todos se trasladarían a Palma Soriano para ultimar los detalles del ataque inmediato a Santiago de Cuba. Lo que quiso evitar el jefe del M-26-7 —la imposición de nuevos sacrificios a su amada ciudad de Santiago—, debía ahora realizarse.

Afortunadamente, la historia le evitó esa gran pena. Apenas se apretó un poco el cerco a la montañosa ciudad —la de los mambrises del 26 de Julio—, el coronel Rego Rubido, defensor de la plaza, decidió rendirla.

Se logró contacto con el estado mayor adversario y con las fragatas Antonio Maceo y Máximo Gómez. Una amplia y levantada reunión con los oficiales del ejército, la policía y la marina de Santiago reveló a Fidel Castro que no había Cantillos en la ciudad indómita. No todo estaba perdido. La revolución comenzaba simplemente una nueva etapa. Y él estaba ya habituado a vencer montes y collados.

**La historia de la traición del general Eulogio Cantillo** arrancaba de una fecha reciente: la del 24 de diciembre, cuando se celebró en el central Oriente, Palma Soriano, la entrevista entre el jefe militar, llegado en helicóptero, y el máximo dirigente rebelde.

Cantillo se expresaba a nombre del ejército de Batista, cuya determinación de lucha era una mera apariencia desde hacía tiempo. Se conversó durante cuatro horas. Un sacerdote católico y varios oficiales presenciaron el diálogo histórico, transidos de preocupación por la paz de Cuba.

Encorvados sobre el dolor de un pueblo, discutían la situación ambos: Fidel Castro, ancho y grande como su causa, Cantillo, pequeño y estrecho. Después de escrutar ángulos esenciales, se llegó al acuerdo de realizar, cronometrados todos, un movimiento militar revolucionario.

—A usted no le tiene que importar nada Batista, ni los Tabernilla, ni toda esa gentuza, general Cantillo. Esa es una ralea que no ha tenido piedad de Cuba pero tampoco la ha tenido de los militares cu-



## UNA FIGURA QUE HONRA A CUBA

Si se le dijera a Raúl Chibás que es uno de los principales "barbudos" del momento, sería el primero en sorprenderse. Inigualado por su discreción y desinterés, pocos alcanzan los merecimientos del ex presidente ortodoxo. Abandonó su familia y una cómoda posición social para servir a Cuba, con idéntico espíritu de sacrificio que su hermano "Eddy", el desaparecido campeón ciudadano. Incorporado a la Sierra Maestra, firmó con Fidel Castro y Felipe Pazos el famoso documento en que se daba fe de la proyección nacional que asumía el Movimiento 26 de Julio. De regreso a La Habana en misión secreta, fue capturado junto con el ingeniero Roberto Agramonte, por los esbirros de Ventura y torturado salvajemente, sin perder por ello nada de su honor revolucionario. Logró salir de la prisión y exilarse a través de la embajada Argentina, refugiándose en los Estados Unidos, donde fue el organizador de los suministros de armas con rumbo a la Isla. Retornó a la patria en agosto del 57 en un avión cargado de parque en medio de una tormenta y bajo las balas de la fuerza aérea de Batista, sirviendo desde entonces en la cordillera oriental como coordinador de relaciones entre los militares factibles de sumarse a la acción insurgente y la comandancia del territorio libre. A Raúl Chibás se le ofreció el ministerio de Hacienda, en recuerdo de su pulcra y ejemplar labor como tesorero del M-26-7, y acabó de rechazarla con su proverbial modestia. Es una de las figuras que honra a Cuba y a la Revolución que surge.

banos. Los ha llevado a una guerra que se pierde siempre, porque contra el pueblo no se puede ganar una guerra...

Así, con palabra sencilla y contundente, con voz que no debía ser desoída, hablaba el jefe revolucionario. Su acento cálido caía sobre el cerebro frío y calculador del oficial marquista. Parecía haberlo convencido...

—Pero enténdalo bien, precisaba

el héroe del Moncada: yo no autorizaré ningún tipo de movimiento que permita la fuga de Batista. Nuestro primer planteamiento es la entrega de los que consideramos criminales de guerra, empezando por el dictador. No transijo en esto. Nuestro pueblo ha sido demasiado escarnecido, atormentado y burlado para que consintamos en un golpe de Estado más y veamos a los culpables salir alegremente,

dejando a sus espaldas la ruina y el dolor que causaron.

Entre silencios profundos y miradas agudas como puñales proseguía la entrevista:

—Lo que hace falta no es un "madrugonazo" más en Columbia, ni una solución por encima, que deje intacto lo podrido. Hay que sublevar la guarnición de Santiago, que es lo suficientemente fuerte y está bien armada, sumar al pueblo y a los revolucionarios en un movimiento irresistible, porque de seguro que se le unirán todas las guarniciones del país. ¿Está usted de acuerdo?

Cantillo repuso que debía ir a la capital. Sorpresa de Fidel Castro:

—No, no, es un riesgo que vaya usted a La Habana.

—No creo que sea ningún riesgo.

—Pero usted corre peligro de que lo detengan, porque aquí todo se sabe.

—No, yo estoy seguro de que no me detienen...

Un nuevo silencio, largo y tenso como una cuerda. Con acento receloso, pronunció Fidel Castro:

—¿Me promete usted que no se va a dejar persuadir en La Habana por poderosos intereses? ¿Quién me asegura que no hay gente grande detrás de usted, empeñada en dar un golpe en la capital?

—Yo le prometo que no.

—¿Me lo promete de veras?

—Se lo prometo.

—¿Me lo jura por su honor de militar?

—Se lo juro.

Tal vez se pudiera pensar que el líder rebelde resultaba víctima de una monumental ingenuidad, al confiar en el oficial marquista, pero no es así. Se estaba en un recordo de la historia y acaso pudiera evitarse nuevo derramamiento de sangre. Así lo explicaba él a todo el pueblo el día primero, en un mítin gigantesco de masas y fervor humanos, en el parque Céspedes de la indomable Santiago. La ya popular emisora 7RR transmitió sus palabras:

—En Columbia prepararon un "golpecito" a espaldas de la Revolución y, sobre todo, de acuerdo con Batista. Fue un intento de escamotearle al pueblo el triunfo revolucionario y dejar escapar a Batista, a los Tabernilla, a los Pilar García, Salas Cañizares y Ventura. El golpe de Columbia fue un golpe ambicioso y traidor, no merece otro calificativo. No voy a andarles con paños calientes. El general Cantillo nos traicionó...

—Cuando ya no podían resistir ni siquiera quince días más, viene a verme el señor Cantillo y se nos convierte en paladín de la libertad. Naturalmente, nosotros nunca hemos estado remisos a aceptar cualquier gestión que significase un ahorro de sangre, siempre que los fines de la Revolución no se pusieran en peligro. Queríamos la paz, pero con libertad; la paz, pero con el triunfo de la Revolución. Era la única paz posible y deseable.

—Yo tenía muy pocos deseos de hablar de movimientos militares, como ustedes comprenderán, pero entendí que era un deber que nosotros no podíamos esquivar. Los hombres que tenemos una responsabilidad no podemos dejarnos llevar por las pasiones.

Calificaciones certeras brotaban de sus labios:

—Yo considero que lo primero que debe tener un militar es honor y palabra, pero este señor Cantillo



no ha demostrado sólo carecer de honor y palabra, sino que le falta además cerebro... Crevó que iba a ser fácil engañar al pueblo y a la revolución; que cuando le dijera que Batista había escapado, y Cuba estaba libre de él, el pueblo se tiraría a la calle, loco de contento; que no distinguiría entre la fuga del dictador y la verdadera revolución.

—Pero si Batista se va y se apoderan allá de los mandos los amigos de Cantillo, muy bien pudiera ser que el doctor Urrutia tuviera que irse dentro de tres meses, porque lo mismo que nos traicionaban ahora nos traicionarían luego.

Expuso que el acuerdo con Cantillo consistía en un levantamiento el día 31, a las tres de la tarde, con el concurso previo de las fuerzas rebeldes, apoyadas incondicionalmente por el ejército. En la misma fecha y hora se sublevaría la guarnición de Santiago de Cuba, entrarían varias columnas rebeldes en la ciudad oriental y se confraternizaría con el pueblo. Los tanques existentes en Santiago le serían entregados a Castro "no para combatir, sino para prever el caso de que el movimiento fracasara en La Habana y hubiera necesidad de situar vanguardias lo más cerca posible de la capital".

Trazó un paralelo entre las dos ciudades principales de la Isla:

—Una serie de excesos han tenido lugar en la capital: saqueos, tiroteos, incendios... Toda la responsabilidad cae sobre el general Cantillo, por haber traicionado la palabra empeñada... Creyó que nombrando capitanes y comandantes iba a resolver la cuestión. ¡Qué distinto, sin embargo, ha sido todo en Santiago de Cuba! Ni un solo intento de saqueo, ni un solo caso de venganza personal, ni un solo hombre arrastrado por las calles, ni un incendio. Y eso a pesar de que ésta ha sido la ciudad más sufrida y que más ha padecido por el terror.

—Ya no podrán decir que la revolución es anarquía y desorden. Ocurrió en La Habana por una traición, pero no ocurrió en Santiago...

Narró pormenores de la conducta, muy distinta, asumida por el coronel Rego Rubido "que no le debía ningún grado al 10 de marzo, pues ya ostentaba el suyo entonces".

—El coronel Rego Rubido, jefe de la plaza de Santiago de Cuba, fue tan sorprendido como yo por el golpe de Estado de Columbia, que se apartaba por completo de lo convenido. Y lo más criminal que hizo fue dejar escapar a Batista, Tabernilla y los demás grandes culpables. Los dejaron escapar con los trescientos o cuatrocientos millones de pesos robados, y muy caro nos va a costar esto, santiagueros, porque ahora, desde Santo Domingo y otros lugares los vamos a tener amenazándonos y manteniéndonos en estado de constante alerta, y van a pagar y fraguar conspiraciones contra nuestro pueblo.

De las palabras de Fidel Castro y las informaciones íntimas acopiadas sobre los sucesos se desprende el hecho de que Cantillo había jugado dos cartas a la vez: mientras entretenía al jefe rebelde y a la tropa misma del ejército en Santiago, haciéndoles creer que actuaba de común acuerdo con ellos, se ponía al habla con el tirano para facilitar la fuga de los verdugos del pueblo cubano.



## OTRO EMBAJADOR AMERICANO AL SERVICIO DE LA TIRANIA

Eran los tiempos en que se incubaba en la sombra, hurtándose sus promotores a la curiosidad ciudadana, el anticubano negocio de las nuevas tarifas e imposiciones telefónicas. Se ve al ex embajador Arthur Gardner en compañía de sus íntimos amigos Fulgencio Batista y Francisco Tabernilla. Actuando más como representante del monopolio telefónico que de su democrático país, el diplomático de la sonrisa furtiva y la sensibilidad roma intervenía entonces diligentemente para proteger la voracidad del pulpo asentado en Dragones y Aguila, enemigo tenaz de la economía nacional y de la bolsa popular.

## TRANSITO

De Barquín a Camilo

**A**MANECER del jueves primero. Los centenares de presos políticos que se hallaban en el presidio de Isla de Pinos estaban lejos de suponer que a esa hora, se decidía el derrocamiento del batistiano.

A la sazón hallábase acostado en su camastro el coronel Ramón Barquín, jefe de la conspiración del 4 de abril de 1956, que llevaba ya cerca de tres años encarcelado y desde hacía nueve meses estaba reducido a una pequeña celda y virtualmente incomunicado. El ex oficial saltó de su lecho al escuchar que uno de sus compañeros le decía:

—Aquí están anunciando la fuga de Batista...

Acababa de conectar un pequeño receptor de radio, clandestinamente introducido en la prisión, y la sensacional noticia se había abierto paso hasta el interior de su clausura.

El coronel Barquín no lo pensó mucho. Con decisión propia de su formación militar llamó a gritos al carcelero de guardia:

—¡Oiga! ¡Oiga! ¡Dígame al jefe de la prisión que deseo hablar con él, pero pronto, no se demore.

Minutos después fue conducido al despacho del director del penal, comandante Viera de la Rosa.

—Como usted sabe seguramente, Batista acaba de huir del país. No necesito señalarle las consecuencias del acontecimiento. Yo demandó de usted, en nombre de todos los presos políticos, que nos entregue la prisión...

Sorprendido e indignado, el comandante respondió:

—Esa es una proposición indigna y cobarde. ¡Retírese inmediatamente!

El coronel Barquín se le encaró.

—¡Indigno y cobarde es servir a un régimen asesino y corrompido, como usted lo ha hecho!

El jefe de la prisión, que al parecer no se sentía muy seguro, ordenó que fuera conducido de nuevo a su celda. Allí discutió la situación con sus compañeros de cautiverio, entre los cuales se hallaba Armando Hart, dirigente nacional del Movimiento 26 de julio. Este decidió repetir por su cuenta la gestión que acababa de frustrarse.

A petición suya fue conducido al despacho de Viera de la Rosa. Al cabo regresó, desalentado:

—No lo pude convencer tampoco. ¡Que hombre más bruto! expresó AH.

De común acuerdo, los presos políticos iniciaron sin demora un descomunal vocerío, demandando su libertad. Mientras tanto, del otro lado de las rejas, el comandante le respondía, iracundo:

—Pueden gritar todo lo que quieran, que yo no los suelto hasta recibir una orden oficial.

Transcurrieron las horas, más lentas que nunca para los reclusos de carácter político. Al fin, pasado el mediodía, el director del penal se les acercó blandiendo un papel:

—Bueno, aquí ya llegó la orden, pero sin ella no los hubiera puesto en libertad.

De inmediato, el coronel Barquín, acompañado de los demás oficiales presos, entre ellos Borbonet, Orihuela, Vázquez y Varela, así como de los líderes del M-26-7 Armando Hart, Mario Hidalgo Ba-

rrios, César Gómez y Quintín Pino, se dirigió al cuartel de Isla de Pinos, donde no tardaron en rendir-se las fuerzas radicadas en el mismo.

Media hora después, tripulando un avión que había enviado en su busca el comandante Castillo Ugartemendía desde el campamento de Columbia, aterrizaba el grupo en el aeropuerto del campamento, desde donde se dirigieron al edificio del estado mayor del ejército.

Sobrevino un diálogo corto e incisivo entre el que fuera agregado militar en Washington —que aún vestía el jacket carmelita y el pantalón azul de la prisión— y el general Eulogio Cantillo. Este se hallaba desalentado: el jefe de la revolución, Fidel Castro, rehusó aceptar la orden de hacer alto al fuego y la designación del magistrado Piedra como presidente provisional. El coronel recién libertado le dijo:

—Lo requiero para que me entregue la jefatura del ejército, en nombre de la revolución.

Cantillo aceptó:

—No tengo inconveniente de ninguna clase. Cuando usted quiera puede asumir el mando.

Sin pérdida de tiempo lo hizo así Barquín, distribuyendo las posiciones rectoras principales entre sus compañeros Borbonet, Orihuela, Vázquez, Varela y Prieto. González Lines, superviviente del alzamiento de Cienfuegos, asumió el control de la Marina de Guerra.

El acto siguiente fue el de expedir una declaración informando de su toma de posesión como jefe del ejército y haciendo saber:

—Los doctores Fidel Castro y Manuel Urrutia pueden venir al campamento de Columbia cuando así lo deseen, a fin de que éste último se haga cargo de la presidencia de la República.

Poco después las estaciones de televisión y radio anunciaban que el coronel Barquín trataba de establecer comunicación con el jefe supremo del ejército rebelde.

Pasaron las horas y el contacto inalámbrico no se establecía, sin que llegara a saberse la causa.

Entretanto, los dirigentes del M-26-7 que habían salido de Isla de Pinos obtuvieron un avión del coronel Barquín, a fin de dirigirse a Santiago de Cuba para conferenciar con Fidel Castro. Inesperadamente, el joven hijo del jefe militar, "Ramoncito", que contaba dieciséis años, se incorporó al grupo de viajeros. Su padre se opuso:

—Me parece mejor que no vayas, no sea que se imaginen que te envío para presionar en alguna forma, a fin de que se acepte mi proposición. Quiero que el doctor Castro esté en absoluta libertad de resolver lo que más convenga a la Revolución.

Hart y los demás echaron sus ruegos personales en la balanza:

—No, no, que venga con nosotros. Dejaremos bien aclarado que fue idea nuestra.

En cumplimiento de la importante gestión volaron hacia Santiago en el avión "Guáimaro"—el mismo que usaba antes el despota—, Quintín Pino, Monteagudo y el hijo de Barquín. Armando Hart y otras figuras del 26 de julio aguardaron en Columbia. Esto sucedía en la madrugada del viernes 2.

Llegados al encuentro de Fidel Castro, le transmitieron el mensaje del coronel Barquín, según el cual las fuerzas armadas —prácticamente inexistentes a la sazón— aceptaban la presidencia de Manuel Urrutia Lleó.



Pero la entrega de los mandos militares al M-26-7 no se encontraba aclarada. Al final, después de analizar el problema, el jefe supremo de la revolución dió instrucciones tajantes de que marcharan sobre Columbia las fuerzas rebeldes.

Al propio tiempo, utilizando la radio, ordenó a Hart que reclamase la entrega de todos los mandos militares a los jefes que designara la dirección del Movimiento 26 de Julio. Sin pérdida de tiempo, a las 9:15 de la mañana, Hart se reunió con los dirigentes civiles y militares de la organización.

Mientras ellos discutían la situación, el reportero de EN CUBA habló con el coronel Barquin en la Ciudad Militar. Preocupado en el fondo, pero tratando de mantenerse siempre sereno, el entrevistado le manifestó categóricamente:

—Después de la heroica lucha del 26 de Julio, nadie tiene fuerza moral para discutirle a Fidel Castro la reorganización de las fuerzas armadas y la designación de sus mandos...

Añadió que no aspiraba a nada, que deseaba retirarse, y que en Isla de Pinos los militares del 4 de abril suscribieron con los presos del M-26-7 un documento declarándose exentos de toda ambición de mando.

En tanto Barquin leía el documento, llegaron Hart y César Gómez de la reunión celebrada. Con ellos iba también el doctor Julio Duarte, Barquin les ratificó su determinación de entregar la jefatura de las fuerzas armadas a la persona que designara Fidel Castro.

Todos se encerraron en el despacho que perteneciera a Francisco Tabernilla. Hubo una escena humorística. Iban de civiles, y el coronel exhibía aún el atuendo de preso. Gómez portaba al hombro una pintoresca San Cristóbal. La policía militar, que cuidaba el despacho, palanquéó el rifle, y Barquin tuvo que identificarse, sonriendo:

—Soy el coronel Barquin, a pesar de la ropa...

Ya en el despacho, se incorporaron al grupo los comandantes Borbonet y Orihuela. El líder del 4 de abril refirió lo que acababa de decir a Hart y sus compañeros:

—Pero quiero contar con la aprobación de ustedes.

Ninguno disintió. Hart, emocionado por la actitud de los militares, expresó que su jefe y la revolución eran los primeros en reconocer los méritos de los oficiales del 4 de abril, en particular de Barquin, y que se contaba con la presencia de todos ellos en la situación revolucionaria creada.

Ansioso, al parecer, de darle más peso a su decisión, Barquin se dirigió a Hart:

—Es más, si quieres, te entrego en este momento la jefatura del campamento de Columbia y de las fuerzas armadas, en tu carácter de representante del Movimiento 26 de Julio.

—No, yo no estoy autorizado por Fidel para eso, replicó AH, aparte de que mi misión no es militar. Su decisión, coronel, le será comunicada inmediatamente al doctor Fidel Castro.

Discutieron seguidamente en qué forma realizarían el traspaso del mando y la resignación de Barquin. Se acordó al cabo una segunda entrevista con el jefe supremo rebelde. En el mismo avión presidencial regresaron a Oriente Hart, Gómez, Duarte y el emisario de EN CUBA.



## MATTHEWS Y FIDEL CASTRO

Esta escena registra el primer momento histórico de trascendencia internacional en la epopeya de la Sierra Maestra. Cuando menos lo esperaba el régimen obtuso y bárbaro de Batista, el celeberrimo corresponsal del "New York Times" se adelantó a toda la prensa mundial e inclusive a la cubana, formalizando una entrevista con el forjador del Movimiento 26 de Julio. Le salieron al paso a Herbert L. Matthews los principales voceros de la tiranía, entre ellos el decrepito titular de Defensa, Santiago Verdeja, empeñado fútilmente en desmentir a un periodista ilustre, de prestigio intachable. Sólo consiguieron destacar más en la prensa extranjera la gloria del ejército rebelde en su gigantesco intento por libertar a Cuba.

Al despedirse, Barquin le pidió un servicio personal al periodista:

—Tráeme a "Ramoncito". No sé si está en Santiago o en la Sierra...

Orihuela abrazó a los viajeros, llorando. Borbonet manifestó:

—Yo no tengo ambiciones. Si soy útil a la revolución, que me utilicen donde quieran.

A su llegada a Santiago, Hart fue abrazado delirantemente por el pueblo y por su hermana Marta, farmacéutica de las fuerzas rebeldes de El Cobre. Pasaron por una ciudad llena de alegría, resucitada del terror batistiano, con un pueblo alborozado, tranquilo y sin armas. Un orden perfecto, con las patrullas del M-26-7 charlando despreocupadamente con la gente en las calles, en cabal fraternidad.

Ya en el cuartel general rebelde, todos fueron abrazos entre los barbudos de Oriente y los afeitados de La Habana. Estaban Faustino Pérez, Carlos Franqui, Aldo Santamaría, Pellón, Conrado Béquer, Marcelo Fernández, "Bebo" Hidalgo, Luis Buch, centenares más.

La entrevista no pudo ser con Fidel, quien se hallaba en marcha hacia occidente por carretera con Juan Almeida y otros jefes. Fue con Raúl Castro. Expuesta brevemente la situación, RC decidió:

—Perfectamente, que Barquin haga unas declaraciones públicas, declarando que entrega la jefatura de las fuerzas armadas a la persona que designe Fidel. No hay más que hablar.

Y no se habló más. Hart y Gómez se quedaron en el cuartel general. Pino regresó con Duarte, "Ramoncito" Barquin y el periodista.

El aterrizaje de vuelta en Co-

lumbia. Hallaron a las tropas de Camilo Cienfuegos fraternizando ya con los soldados. Barquin abrazó a su hijo, mirando con sorpresa el brazalete del 26 de Julio que llevaba el muchacho. Todo estaba resuelto felizmente. El coronel del 4 de abril entregó la plaza al comandante de la Revolución.

Al día siguiente, 2 de enero, el coronel Barquin aclaró plenamente su posición en unas declaraciones, que luego amplió para la Sección EN CUBA.

—Deseo aclarar enfáticamente que no sólo los oficiales designados por mí, sino también yo mismo, ocupamos estos cargos de manera provisional y hasta tanto llegue a este campamento el jefe de la revolución, doctor Fidel Castro, o alguno de sus comandantes.

—Quiero que se sepa que los que participamos en la conspiración del 4 de abril de 1956, incluyéndome a mí, no deseamos, ni queremos, ni pretendemos en absoluto ocupar mando alguno. Después de tantos meses de cautiverio, los nueve últimos incomunicados, únicamente deseo llegar a mi hogar y descansar.

—En modo alguno desconocemos que el doctor Fidel Castro y sus valientes hombres han sido los verdaderos triunfadores en esta gloriosa jornada, y que a ellos corresponde plenamente la responsabilidad del poder. No hay ni puede haber problemas de ninguna clase entre nosotros.

Terminó:

—Sólo deseo servir de puente para que el glorioso ejército rebelde se confunda en un solo cuerpo con lo bueno que aún queda del ejército oficial. Aspiro a lograr la fraternidad entre unos y otros. Esa

es mi única y exclusiva misión en esta hora.

Al mediodía, Barquin recibió un telefonema de Matanzas. Provenía del comandante Cabañas, jefe del regimiento Plácido, e informaba que uno de los principales oficiales insurgentes, Camilo Cienfuegos, avanzaba hacia la capital al frente de tres columnas invasoras: la Antonio Maceo, comandada por él mismo; la Marcelo Salado, del capitán Regino Machado, y la Máximo Gómez, dirigida por el comandante Félix Torres, todas al frente norte de Las Villas. El militar matancero solicitaba instrucciones, ya que CC le había pedido una entrevista desde Coliseo.

Barquin salió al teléfono:

—Comandante, ponga en manos el regimiento de Matanzas, sin poner obstáculo alguno, al comandante Camilo Cienfuegos. Yo desearía hablar con él, de manera que espero su llamada.

Poco después conversaba telefónicamente con CC:

—Lo espero a usted aquí, en el campamento de Columbia, para hacerle entrega del mismo. De ustedes es la victoria. Inmediatamente dará órdenes al comandante Borbonet para que se adelante a recibirlos y puedan entrar por la posta tres, frente al obelisco.

En la Ciudad Militar, el viernes por la tarde, era enorme la expectación de los oficiales, clases y alistados, entregados desde el día 1º a las más extraordinarias vacaciones, por ver de cerca a los primeros contingentes del verdadero ejército nacional: el que había reconquistado la República, arrebatándola al precio de la sangre y el heroísmo a los que la habían tenido secuestrada y martirizada durante casi siete años.

A las seis pasado meridiano entraron las fuerzas rebeldes. Barquin salió a recibirla a la puerta del edificio del estado mayor. Los reporteros de BOHEMIA tomaron nota de los cuatro primeros héroes que se adelantaron al encuentro del jefe provisional del ejército, todos de la columna número 2, Antonio Maceo: eran Rafael Ponce de León, de Victoria de las Tunas; Miguel Ángel Llorente, de Manzanillo; Roberto Sánchez, de Santiago de Cuba, y el cardenense Pablo Antonio Cabrera.

Lucían el aspecto singularísimo que pronto se hizo popular en la capital: pobladas barbas, largas melenas, uniformes de campaña y equipos arrebatados a las soldados de Batista.

La gran mayoría eran humildes campesinos; hombres sanos y sencillos, sin alardes de ninguna clase, que parpadeaban asombrados al contemplar los espinados y fríos edificios capitalinos y al verse ovacionados a cada paso por la multitud. Revelaban en sus menores gestos la modestia y seguridad de los verdaderos combatientes.

El primer oficial rebelde que penetró en el edificio del estado mayor fue el capitán Antonio Sánchez Díaz. Uno de sus subordinados, el ex estudiante de medicina Waldo Reina Chirino, dijo al reportero de EN CUBA:

—Es uno de los hombres más valientes que he conocido. El día de Nochebuena lo ví como se interponía entre los nuestros y las tropas de Batista cuando estaban disparando, para impedir que violaran la tregua.

El aludido se confió por fin al periodista:

—Soy pinareño, del kilómetro 3 de la carretera de Viñales. Llevaba